

Y ¿qué diré de la moda, amados míos? Este es otro escollo de nuestras conciencias, contra el cual se estrellan lastimosamente las leyes más justas y las verdades más sacrosantas. ¿De qué deberes no se juzga una mujer dispensada cuando puede decir: *Esa es la moda, ese es el gusto del tiempo, eso es lo que ahora se usa?* Esta sola autoridad basta para eludir todas las leyes de la Iglesia. Esta expresión ridícula: *todas van así, todas se visten así*, tiene más poder para triunfar de las conciencias de las mujeres, que todos los sermones de los santos Padres, y que cuantos discursos pueden producir los más elocuentes oradores. También hay en las damas su teología; pero muy acomodada al gusto, el cual defienden ellas pertinazmente contra todos los argumentos de la ley; pues como la misma experiencia nos dicta, en todas partes hay sus catedráticas ó letradas, que presumiendo grandemente de teólogas, á cualquiera se las quieren apostar, y sobre este punto de modas nuevas no reconocen superior.

¿Es posible, dicen, que todo el mundo se engaña? ¿es creíble, que Dios ha de condenar á todo el mundo? *Numquid omnes perditurus est Deus?* AUGUST. SERM. XXXV, 5. Este es, dice san Agustín, el lenguaje ordinario de los mundanos; pero lenguaje engañoso, porque la moda ó la costumbre no prescribirá jamás contra el Evangelio. Ningun incidente, ninguna corruptela, ninguna perversión, ningun uso particular ó ley general puede abolir la ley de Dios. Ningun abuso, ninguna licencia pública tiene derecho para excusar la intemperancia, para autorizar la inmodestia, para justificar la usura, para santificar la calumnia, para cohonestar la embriaguez, para indemnizar la deshonestidad, para disculpar la provocación. El Hijo de Dios, decía Tertuliano, no se llamó jamás moda ó costumbre, sino Verdad eterna: *Christus veritatem se, non consuetudinem nuncupavit.* TERTULL. DE VELAND. VIRG. I. Si él hubiera dicho: *Yo soy moda, ó yo soy costumbre*, la costumbre y la moda hubieran podido prevalecer contra la ley de la verdad; pero como dijo: *Yo soy verdad*, esta debe prevalecer contra la moda y la costumbre. No, señoras mías, no os persuadáis á que la costumbre ó la moda, tal como vosotras la suponéis, baste para excusar ni aun disminuir vuestra culpa delante de Dios. Antes habéis de estar ciertas de que más bien os aumenta la carga é irrita más gravemente la divina ira.

2. Habéis pensado acaso, que el castigo que Dios previene para vindicar la verdad de los fraudes y ficciones del amor propio, consistirá en aquellas pérdidas y contratiempos sensibles, que ordinariamente se ven en el mundo. Pues no: sabed que es muy otra la pena

con que Dios explica su ira, y que es mucho mayor de lo que vosotros podéis concebir. Pues, ¿cuál es? preguntareis. Acaso lo tendréis por paradoja: digo que el silencio y la paciencia. Esta es, amados míos, el mayor castigo que puede tener la conciencia falsa, y el azote más funesto de parte de Dios contra esta especie de culpa, tan ofensiva á su justicia. Cuando Dios calla, entónces es cuando prepara en secreto los más terribles golpes de su cólera. Cuando deja de herir, es porque quiere castigar más severamente, cubriendo su furor con un velo de aparente bondad, para que así sea más ruidoso el estrago, y sus juicios se hagan más respetables. En esta calma silenciosa (más temible aun que la borrasca misma) se cuenta de seguro sobre la misericordia; más por lo mismo que la hacemos servir de capa para el pecado, lo que sucede es, que en vez de acercarse, se aleja; en vez de templarse, se irrita.

No lo dudeis, pecadores: Dios trabaja en cierto modo en formar en nosotros esta falsa paz; no poniendo algun influjo que nos arroje ó precipite á ese estado infeliz, sino dejando de hacer lo que fácilmente pudiera, si efectivamente nos quisiera librar de él. Él obra y habla todavía al corazón; pero de un modo ineficaz, que no mueve con efecto al alma y la deja en su frialdad. La gracia influye seriamente en nuestro espíritu, y de hecho solicita moverlo; pero no hace ya en él aquella impresión que era menester para persuadirlo y ganarlo. ¿Por qué vemos tan frecuentemente en este gran mundo tantas gentes, que no se asustan de nada, y que trayendo una vida la más inícu y licenciosa, guardan, no obstante eso, toda la paz de su corazón y toda la serenidad de su rostro? Pues es porque Dios los ha embriagado con el vino de su ira, y porque esta fatal embriaguez los tiene sumergidos en un profundo sueño: *Miscuit vobis Dominus spiritum soporis*, ISAI. XXIX, 10, que dijo Isaias.

¿Y qué se sigue de aquí, hermanos míos? (Este es el más lamentable efecto de la falsa paz, y la más terrible muestra de la cólera de nuestro Dios.) Lo que se sigue es, que estas almas pacíficas, que han querido acomodar la ley á sus intereses, y hacer servir la misma verdad á sus vanos antojos, por un modo para ellas imperceptible, se han conducido por sí mismas á una impenitencia final, casi irremediable. Ved aquí la prueba. Esta penitencia ¿de qué se ha de hacer? Estas gentes no la juzgan necesaria, porque se consideran sin pecados; y por sus falsas ilusiones, las que son verdaderas culpas las tienen por virtudes. Decid, por ejemplo, á Saúl, que haga penitencia de su arrojamiento, y de haber desobedecido á Dios, reservando la vida al rey Agag: inmediatamente dirá, que antes ha sido obediente, y que ha

hecho una accion de clemencia en haber perdonado á ese rey infeliz: *Implevi verbum Domini*. I REG. xv, 15. Decid á Azarias, rey de Judá, que llore su empresa sacrilega de haber usurpado el sacerdocio; escandalizando el templo y quitando el incensario de la misma mano del pontífice sumo: sin dilacion responderá, que su fin fué únicamente honrar al Señor; y este falso pretexto podrá tanto con él, que solo una lepra repentina le hará conocer su temeridad. II PARAL. xxvi, 20. Decid, en fin, á los judios, que lloren el haber entregado á su Maestro, despues de haber visto en él tanta santidad y milagros: prontamente responderán, que ese fué un acto de fina politica, y que en él solamente habian mirado á conservar la nacion hebrea: *Venient romani, et tollent nostrum locum et gentem*. JOANN. xi, 48.

Mas ¿para qué buscamos ejemplos tan remotos? Decid á una infinidad de cristianos, que hagan penitencia de sus excesos; que lloren el desarreglo de su vida inútil; que sientan su desorden y relajacion; que gimán el escándalo de una conducta tan estragada y criminal: inmediatamente darán la disculpa de que ellos se han portado en todo como gentes de honor; que saben muy bien lo que es conciencia, y que no ignoran como deben formarla y salvarla. Aunque hayan entregado justos, aunque hayan perdonado Agáges, aunque hayan atropellado sacerdotes y hecho otras mil violencias semejantes á estas, todo les parece nada, y se quedan con gran serenidad. Un pecador mitigado es mas difícil de convertir que un impío. Si, señores, no pongais en ello dificultad: dadme un gran pecador ó un libertino; por gran pecador ó libertino que sea, aunque exceda á un Manasés ó á un Acab, si él tiene todavía algun rastro de fe ó de conciencia, aun no está el caso desesperado, aun no está esa alma perdida, aun queda recurso: algun dia despertará ese resto de fe y turbará su conciencia. Pero si ese pecador es de los de conciencia falsa, por mucho que hagamos con él, todo será inútil: aun cuando le abriésemos de par en par las puertas del infierno, su falsa conciencia vendrá inmediatamente á consolarle, y le abrirá las del cielo. ¿Mas qué sucederá al fin? Que cuando ese infeliz hombre llegue al término fatal de la muerte, tendrá gran satisfaccion de que muere en gracia, y experimentará la desdicha de que muere en pecado mortal: él se habia prometido una corona de justicia, y no encontrará sino un eterno suplicio.

San Juan Crisóstomo advierte, que cuando el profeta Isaias, animado del zelo de la gloria y de los intereses de Dios, demostraba querer inclinarle á que castigase las impiedades del pueblo de Israel, no empleó para irritar su justicia otra expresion que esta: *Excæca*

cor populi hujus. ISAI. vi, 10. Señor, cegad el corazon ó la conciencia de este pueblo. No le dijo: Señor, humillad este pueblo, confundid este pueblo, consternad, oprimid, arruinad este pueblo. ¿Y por qué? Porque todo eso y aun mucho mas que fuera dable, le parecia muy poco en comparacion de la ceguedad de su corazon; y así á esta lastimosa ceguedad reduce toda la pena que correspondia á su ingratitud: *Excæca cor populi hujus*. Como si dijera: Señor, este es el modo de que os vengueis plenamente: guerras, pestes, hambres, calamidades temporales no serian otra cosa para éstos rebeldes súbditos que unos semicastigos: derramad, pues, sobre sus conciencias ó sobre sus corazones depravados tinieblas espesas, que así la medida de vuestra indignacion será tan colmada como lo ha sido y es la de su iniquidad. ¿Quién dudará ya á vista de esto, que, en el concepto del profeta Isaias, la ceguedad de la conciencia es el mas grave castigo de la culpa? Pues, amado auditorio, con un espiritu del todo opuesto al del profeta, voy á terminar este discurso, haciendo á Dios una oracion á vuestro favor, á ver si así puedo libraros de aquella lastimosa ceguedad, que él pedia tan instantemente para su pueblo de Israel, y en que temo caigais vosotros por otra semejante ingratitud.

¡Ah, Señor! por mas irritado que esteis, no cegueis el corazon de este pueblo: no entorpezcais, no, las conciencias de estos hijos ingratos. Descargad sobre todo lo demas vuestra ira; pero reservad sus conciencias. Sus bienes y sus fortunas desde luego están en vuestras manos; pero no los priveis de aquellas luces, que deben alumbrarlos y guiarlos en el camino de la virtud. Humilladlos, mortificadlos, empobrecedlos; y aun, si es menester, aniquiladlos segun el mundo; pero, Señor, no apagueis en ellos este rayo de luz que les queda, para que por él sean conducidos á su último fin. A cualquier otro castigo que os agrade, se someterán muy de voluntad; pero no los pongais á una prueba tan difícil, como privarlos del conocimiento de sus deberes y de aquella vista sana con que deben mirar sus obligaciones. Eso seria, Señor, declararlos ya réprobos, y yo los quiero á todos predestinados. Para esto, Señor mio, usad con ellos de toda vuestra misericordia, y dadles la luz que necesitan para andar por la senda de la perfeccion y de la verdad. Haced que á ésta la conozcan como es en sí, y que el amor propio no los engañe con sus ilusiones, haciéndoles tener por bueno lo que no lo es. De esta suerte, Señor, conocerán su culpa; de esta suerte harán penitencia; de esta suerte conseguirán la gracia; y con ella lograrán despues alabaros y bendeciros por eternidades de gloria. Yo os la deseo.

PLANES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

I.

El amor propio no mortificado á tiempo, lleva al hombre á estos tres extremos: 1.º, á no seguir otra direccion que la de sus sentidos: 2.º, á no atenerse á otras leyes que á sus caprichos: 3.º, á no concebir otro mal que el temor de convertirse.

I. El hombre dominado por el amor propio no se interesa por nadie, ni á nadie cree deber consideracion alguna; y por lo tanto no piensa en sus deberes hácia Dios, ni en sus deberes hácia los hombres. Habiendo olvidado los preceptos de la moral, no pensando sino en sí mismo, no tiene temor de Dios, ni fidelidad, ni conciencia; en una palabra, no sigue otra direccion que la de los sentidos.

II. El hombre dominado por el amor propio se contempla y se adora á sí mismo; hace de sí mismo una divinidad. Persuadido de que lo merece todo, convierte en leyes sus mas raros caprichos, y fuera de aquí nada ve razonable. «Sabe que el amor propio te daña mas que ninguna cosa del mundo.» IMIT. CHR. L. III, c. 27.

III. La conversion es una gracia de Dios: esta gracia no se da sino al que la pide y desea de veras: esto supone siempre la cooperacion del pecador á los auxilios de la gracia. Al hombre dominado por el amor propio le falta esta cooperacion, porque ni pide, ni desea la gracia; antes bien llega á temerla, ya porque en sus deleites y caprichos cifra su último fin; ya porque fuera de su vida mundana no concibe sino melancolía y tristeza; ya, en fin, porque le parece indecoroso, y hasta cierto punto imposible, contradecirse á sí mismo cambiando de conducta.

II.

Si el hombre previese, que su enemigo ha de causar su ruina temporal y eterna, ¿se entregaria á él? Ciertamente que no, pues el hombre que se deja dominar por su amor propio, 1.º, se entrega en manos de su mayor enemigo; 2.º, es víctima de sus pasiones.

I. Consultad la historia sagrada: ¿Quién fué el mas cruel enemigo de Adán? Su amor propio. ¿Quién el de Cain? El mismo amor. ¿Quién el de los obstinados, que perecieron en el diluvio y en Sodoma? El mismo. Además, cuando Dios castiga con hambre, peste,

estirilidad, guerra y otras plagas, castiga como padre: *visitabo in virga iniquitates eorum... misericordiam autem meam non dispergam ab eis.* PSALM. LXXXVIII, 33, 34: pero cuando quiere abandonar á un pueblo, ó á una alma, la deja entregada á sí misma.

II. Desde el momento en que el hombre cifra su dicha en los deleites, no piensa ni desea otra cosa que satisfacer sus pasiones. Como las pasiones nunca quedan satisfechas, cuanto mas trata el hombre de acallarlas, mas hambrientas se presentan, hasta que, falto de fuerzas y vigor, es víctima de sus mismos desórdenes.

DIVISIONES.

AMOR PROPIO. — Este amor encuentra pretextos

- 1.º Para excusar los pecados mas graves.
- 2.º Para abusar de las principales virtudes.

AMOR PROPIO. — 1.º El amor propio nos priva de arreglar nuestra conducta á las máximas del Evangelio.

2.º Nos presenta como imposible la observancia de los preceptos, que con mayor facilidad pueden cumplirse.

3.º Nos induce á entrar por motivos exclusivamente humanos en los estados mas santos y perfectos.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Sensus et cogitatio hominis in malum prona sunt ab adolescentia sua. GEN. VIII, 21. Los sentidos y pensamientos del corazon humano están inclinados al mal desde su mocedad.

Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam. PSALM. CXIII, 9. No á nosotros, Señor, no á nosotros, sino á tu nombre da toda la gloria.

Qui diligit iniquitatem, odit animam suam. PSALM. X, 6. El que ama la maldad, odia á su propia alma.

Si quis vult post me venire, abneget semetipsum. MATTH. XVI, 24. Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo.

Si quis venit ad me, et non odit... animam suam, non potest meus esse discipulus. LUC. XIV, 26. Si alguno de los que me siguen no aborrece ó no ama ménos que á mí... á su misma vida, no puede ser mi discípulo.

Nemo quod suum est quærat, sed quod alterius. I CORINTH. X, 24.

Ego per omnia omnibus placeo, non quærens quod mihi utile est, sed quod multis. IB., 55.

Charitas non quærit quæ sua sunt. I COR. XIII, 5.

Omnes quæ sua sunt quærent. PHILIP. II.

Qui amat animam suam perdet eam, et qui odit animam suam in hoc mundo, in vitam æternam custodit eam. JOANN. XII, 25.

In novissimis diebus erunt homines seipsos amantes, cupidi, elati, superbi, etc. II TIMOTH. III, 1, 2.

Dicta la caridad que nadie busca su propia satisfaccion ó conveniencia, sino el bien del prójimo.

Yo tambien en todo procuro complacer á todos, no buscando mi utilidad particular, sino la de los demas.

La caridad no busca sus intereses.

Veo que casi todos buscan sus propios intereses.

El que ama *desordenadamente* su alma, la perderá; mas el que aborrece ó *mortifica* su alma en este mundo, la conserva para la vida eterna.

En los días postreros ó *hasta el fin del mundo* levantaránse hombres *amadores ó pagados* de sí mismos, codiciosos, altaneros, soberbios, etc.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

La fe nos enseña, que el primer pecado de Adán nos privó de todas las gracias y dones sobrenaturales, y nos acarreó infinitos males en el órden espiritual y en el temporal. En este primer pecado ya se descubre el amor propio; por cuanto nuestro primer padre prefirió su gusto al precepto de Dios. Le halagó en gran manera la falaz promesa del tentador: sereis como dioses; y prendado de sí propio, no temió las amenazas ni los castigos de Dios.

Seria prolijo referir todos los ejemplos de amor propio que nos dieron los primeros pecadores; pero entre todos descuella el de Cain, quien persuadido del culto supremo y de la adoracion que debia á Dios, no obstante, en sus sacrificios le ofrecia lo mas despreciable de todos sus frutos, reservando lo mejor para sí.

Consúltese el capítulo 25 del Génesis, y nótese la diferencia de afecto con que Isaac amaba á Esaú y Rebeca á Jacob. Dice el sagrado texto: *Isaac amabat Esau, eo quod de venationibus illius vesceretur*; pero despues de algunas palabras añade: *Rebecca diligebat*

Jacob: de donde parece deducirse, que si el amor que Rebeca profesaba á Jacob era puro y desinteresado, el que Isaac tenia á Esaú, en gran parte, se fundaba en la propia conveniencia, en sus ventajas: amor que muchos padres profesan á sus hijos, y que siendo mas amor propio que amor paterno, los induce á ser negligentes en corregirlos y á disimularles los vicios de la juventud.

Otro ejemplo de un excesivo amor propio nos ofrece la conducta de Absalon, al agasajar de un modo indigno de su clase al pueblo de Israel, con el fin de hacer odioso á su padre y soberano, y de hacerse proclamar rey de Israel. En este amor propio se fundaban todas las pomposas promesas que hacia á los descontentos. II REG. XV.

Finalmente, como el amor propio tuvo una parte principal en la ruina del género humano, Jesucristo, al rehabilitarlo, propúsose hostilizar al amor propio. Por esto en sus predicaciones inculcaba con tanta frecuencia la humildad, la penitencia, la abnegacion propia, la cruz, y reprobaba al apego desordenado á las personas, á los objetos de la tierra y á nosotros mismos.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Sic condita est mens humana, ut numquam sui non meminerit, numquam se non intelligat, numquam se non diligat. AUGUST. DE TRIN. CAP. XIV.

Tal es la naturaleza del hombre, que nunca se olvida de sí mismo, nunca deja de enorgullecerse de sus conocimientos, y de amarse desordenadamente á sí propio.

Disce amare te, non amando te. ID. TRACT. LI, IN JOANN.

Aprende á amarte aborreciéndote.

Prima hominis perditio fuit amor sui. ID. SERM. XLVII, 7, MATTH.

Lo primero que perdió al hombre fué su amor propio.

Vitium illud (amor sui) maxime cavendum, à quo tanta mala procedunt. ID. TRACT. CXXIII, IN JOANN.

Debemos precavernos en gran manera del amor propio, por los graves males que nos acarrea.

Anima, per odium mundi et sui, proficit in amorem Dei et proximi. ID., LIB. DE SPIR. ET AXIMA.

El alma progresa en el amor á Dios y al prójimo aborreciendo al mundo y aborreciéndose á sí misma.

Scimus quia vehementer claudit oculum cordis amor pri-

No ignoramos que el amor propio ahoga en gran manera los

vatus. GREG. HOM. IV, IN EZECH.
Tanto amplius se quisque amat,
quanto amplius se pro Dei amore
non amat. S. LEO.

Ille profecto sanctus est, qui
voluntati propriae renuntiavit.
 JOANN. CLIMACUS.

Fuge sanguisugam hanc, et omnia
reliquisti; hæc enim omnia
trahit ad se; pone hanc, et jugum
quam multiplex abjecisti. BERN.
 SERM. LXXI, IN CANT.

Stipendium amoris proprii
mors est; initium omnis mali.
 S. BASILIUS.

Scito quod amor tui ipsus magis
nocet tibi, quam aliquas res
mundi. EX. LIB. DE IMITAT. CHRIS-
 TI, I, III, 27.

Voluntatem dico propriam,
quando quod volumus, non ad honorem
Dei, non ad utilitatem fratrum,
sed propter nosmetipsos facimus. BERNARD. SERM. III, DE
 RESURRECT.

REFLEXIONES TEOLÓGICAS Y MORALES.

Definicion. Amor propio es cierta propension de la voluntad á buscar su propio provecho; por esto se llama tambien amor de concupiscencia; á diferencia del amor de amistad, que desea el provecho, no como propio, sino como ventajoso al prójimo.

Division. Dividese el amor propio en *bueno* y *malo*. Es *bueno* cuando el hombre ama á sí mismo y á sus cosas únicamente por Dios: como cuando ama á su cuerpo para emplearlo en el servicio de Dios. Es *malo*, cuando el hombre, amándose á sí mismo y las otras cosas, se considera á sí mismo como á último fin. En este caso, el hombre pervierte el orden prescrito por la Divina Providencia á él y á todas las cosas, que consiste en dirigirlo todo á Dios, como á su fin último. Santo Tomás divide tambien el amor propio en *exterior* ó sensi-

buenos sentimientos del corazón.
 Es tanto mas verdadero el amor que se profesa el hombre á sí mismo, cuanto mas se desprecia por amor de Dios.

Es realmente santo ó perfecto el que ha renunciado completamente á su propia voluntad.

Huye de esta sanguisuga, y todo lo quiere para sí: despójate del amor propio, y habrás sacudido un yugo pesado.

La recompensa del amor propio es la muerte del alma; porque es el origen de todo mal.

Recuerda que en el mundo nada te perjudica tanto como el amor propio.

Llamo voluntad propia á la que nos hace obrar, no por la honra de Dios y por el bien de nuestros prójimos, sino por nuestra conveniencia.

ble, que nos inclina á amar al cuerpo y á todas las cosas sensibles; y en *interior* ó racional, que apreciando cual conviene nuestra alma, nos lleva á amar los bienes eternos. Amarse á sí mismo exteriormente es vituperable, y es laudable amarse interior ó racionalmente.

Actos viciosos del amor propio. Este amor invade casi todos los actos interiores y exteriores de nuestra vida, por eso no podemos señalarlos todos. Los mas conocidos son: 1.º Proponerse á sí mismo como fin último. 2.º No querer sujetarse ni obedecer. 3.º Procurar de continuo la propia comodidad. 4.º Desear siempre ser honrado y respetado, y tener aversion al desprecio y á la humillacion. 5.º Amar el ocio y el descanso del cuerpo. 6.º Alegrarse de las ganancias terrenas y entristecerse de las pérdidas. 7.º Amar con exceso todo lo suyo, é inclinarse á las cosas y palabras vanas. 8.º Buscar consuelos sensibles. 9.º Gozarse en tener muchos amigos y parientes, gloriarse de la nobleza de la cuna. 10. Obsequiar á los poderosos, lisonjear á los ricos, aplaudir á los que participan de sus ideas. 11. Quejarse siempre de cualquier molestia, de cualquier defecto del prójimo. 12. Desear ser conocido y alabado, trabajar para ser alabado y admirado.

El amor propio impide todo progreso espiritual. Para caminar sin tropiezo hácia Dios, es preciso despojarse enteramente de sí mismo: mientras el hombre quiera disponer de sí mismo, de nada le servirán sus buenas cualidades. «Si el hombre diere todo el caudal de su casa, aun no es nada. Y si hiciere gran penitencia, aun es poco. Y si poseyere todas las ciencias, aun está léjos. Y si tuviere gran virtud y muy fervorosa devocion, todavía le falta mucho, esto es, una cosa que le es sumamente necesaria. Y ésta ¿cuál es? Que dejadas todas las cosas se deje á sí mismo, y salga de sí totalmente, sin retener nada del amor propio.» IMIT. CHRIST. L. II, c. 11.

El amor propio se opone á todas las virtudes. Se opone al amor de Dios, porque lleva por norte tomarse á sí mismo como último fin: al amor del prójimo, porque solo trabaja para su provecho: á la humildad, porque aspira á ser, y piensa ser lo que no es: á la mortificacion, porque tributa una especie de culto á su cuerpo: á la obediencia, porque cree rebajarse sometándose á alguno: á la abnegacion, porque quiere que todos respeten su voluntad, y hasta sus caprichos: á la castidad, porque no se comprende como puede ser puro quien evita con el mayor cuidado toda molestia y procura todos los regalos á su cuerpo. Bien dijo Tomás de Kempis, que desde el momento en que el hombre se busca á sí mismo, ya no está Dios con él; y sin Dios ¿qué virtud puede haber?